

## La presencia negra en la obra de Rubén Darío\*

EN la obra de Rubén Darío abunda el tema negro. El número de referencias al negro es realmente significativo y sugiere que la presencia negra en sus obras completas es mucho más importante de lo que se cree ordinariamente. Este estudio tiene por objeto presentar de una manera panorámica tal tendencia dariana, ordenar algunos de los numerosísimos textos de Rubén Darío que revelan la actitud de éste ante el negro, demostrar que Darío fue uno de los más certeros observadores del negro, valorar estética y etnográficamente su tratamiento literario respecto al negro y, finalmente, poner de relieve sus contactos personales con el elemento negro; por ejemplo, el relacionado con "la negrita de la rue Parquet",<sup>1</sup> aquella dulce ex reina madagascareña. "Rubén... quiere conocer esta mujer exótica. Se siente atraído por los ojos bellos y la piel de cobre bruñida de la reina morena de Madagascar. En las noches de Maxim's habla en francés con la bella Ranavalo. Le recita versos... El indio poeta ha encontrado en París una auténtica reina de leyenda... Rubén la besa... El primer beso es de fraternidad humana. Sello de amistad entre dos razas".<sup>2</sup> Esta anécdota se relaciona con dos aspectos básicos de la vida y obra de Rubén Darío: lo exótico y lo erótico. Pero, volveremos a los dos temas en el momento preciso.

Antes de empezar, conviene recordar las "palabras liminares" de nuestro autor que encabezan *Prosas profanas*: "¿Hay en mi sangre alguna

---

\* Estoy muy agradecido a mi buen amigo y colega José Jurado por los valiosos consejos que me ofreció en la redacción de este trabajo.

<sup>1</sup> Rubén Darío, *Obras completas* (Madrid: Afrodisio Aguado, 1950-55), 5 vols. Desde aquí en adelante, cada referencia a sus *Obras completas* aparecerá entre paréntesis, primero el número del volumen y después las páginas.

<sup>2</sup> Juan Antonio Cabezas, *Rubén Darío* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1954), p. 158.

gota de sangre de África...?";<sup>3</sup> pregunta muchas veces repetida y contestada afirmativamente por algunos de sus biógrafos, no obstante la atención prestada a la mezcla india, a la sangre "de indio chorotega o nagrandano" que corre en sus venas.<sup>4</sup>

Darío, además de ser probablemente negro, en parte, a través de su vida, se ha puesto en contacto con negros y mulatos de muy diversa índole, tanto dentro de su país como fuera. Conocidos son sus recuerdos infantiles: el de "una fiel y excelente mulata, la Serapia" (I, 19) servidora de doña Bernarda Sarmiento de Ramírez, tía abuela materna de Darío, que, junto con el indio Goyo, otro servidor familiar, le narra fábulas, leyendas y otras maravillas de las cuales se nutre la fantasía imaginativa del niño Rubén, y el de aquel mulato Guillén de la hacienda de la familia Soriano, en San Marcos de Colón (Honduras), donde vive por algún tiempo Rubén.

Presentemos primero someramente cierta materia de difícil clasificación. Vale la pena indicar toda alusión al negro, por breve que sea. Comenzamos con su encuentro, en Costa Rica, con "un gran negro elegante" (I, 80), Antonio Maceo, el famoso guerrero de la libertad de Cuba, y otro negro "llamado Bembeta, famoso también en la guerra cubana". Max Henríquez Ureña ha señalado los errores contenidos en estas líneas de Darío. Escribe: "... un elemental conocimiento de la his-

<sup>3</sup> Rubén Darío, *Poesías completas* (Madrid: Aguilar, 1961), p. 612. Desde aquí en adelante, cada referencia a esta edición aparecerá entre paréntesis con las letras PC y las páginas.

<sup>4</sup> Véanse Charles D. Watland, *Poet Errant* (New York: Philosophical Library, 1965), p. 25. "Darío ... in common with most of the population of Nicaragua, was partly Indian, as he himself was fond of pointing out." Respecto a la población de Nicaragua en aquellos tiempos, damos esta cifra de las *Obras completas de Rubén Darío* (Madrid: Afrodísio Aguado, 1950), Vol. III, pp. 1040-41:

Los primeros habitantes (nicaragüenses) —dice Gámez—, de origen mongólico, como los demás del continente americano, hicieron en sus primitivos tiempos la vida nómada de los pueblos salvajes; pero parece ser muy cierto que inmigrantes de Méjico y de las naciones vecinas, que llegaban organizados en tribus, fueron sucesivamente ocupando el territorio y formando de una manera paulatina la sociedad aborigen de estos pueblos." Entre los nacionales se encuentra una interesante variedad etnográfica. Existen los tipos completamente europeos, descendientes directos de españoles o de inmigrantes europeos, sin mezcla alguna; los que tienen algo de mezcla india, o los ladinos; los que tienen algo de sangre negra, los que tienen de indio y de negro, los indios puros y los negros. De éstos hay muy pocos (\*). (\*) Según los cálculos de Paul Lévy, en su obra sobre Nicaragua, las proporciones son: indio, 550 por 1.000; mestiza, 400 por 1.000; blanco y criollo, 45 por 1.000; negro, 5 por 1.000.

Interesantes son las palabras que usa Robert Bazin para definir los nombres chorotega y nagrandano. Para él son nombres de tribus negras introducidas durante la esclavitud en América Central. *Historia de la literatura americana en lengua española* (Buenos Aires: Editorial Nova, 1963), p. 277 [Pero se trata de una opinión muy singular].

toria de las revoluciones cubanas le habría hecho recordar que Bembeta o sea Bernabé Varona, patriota camagüeyano, de raza blanca, había sucumbido en 1873... Probablemente el amigo acompañante de Maceo era otro mestizo ilustre en las guerras de Cuba: Flor Crombert, a quien nunca se dio el apodo de Bembeta, aunque entre este apodo y su apellido hay cierta afinidad fonética que acaso fue la causa de la confusión sufrida a este respecto por Darío".<sup>5</sup> Vuelve Darío a referirse a Antonio Maceo, al hablar sobre la novela americana en España: "En la literatura, todo lo nuestro es irremediamente tropical o cubano. Nuestros poetas les evocan un pájaro y una fruta: el sinsonte y la guayaba. Y todos hacemos guajiras y tenemos algo de Maceo" (II, 1137).

Otro nombre mencionado más de una vez por Darío es Machado de Asís, uno de los escritores "que despertaron en mí una cordial simpatía y una alta estimación mental" (I, 497), estimación reiterada en su poema "A Machado de Asís", el

Moreno que de la India tuvo su aristocracia,  
aspecto mandarino, lengua de sabio griego (PC, 1135)

Al menos dos veces se refiere al mulato Plácido: la primera, dentro de una atmósfera que evoca "poesía criolla y antillana, sabrosos sentimentalismos líricos a lo mulato Plácido" (III, 1033); la segunda, al comentar la anticipada antología de poetas hispanoamericanos, tarea encargada a don Marcelino Menéndez y Pelayo por la Real Academia Española. A veces, dice, aparecen algunos como Plácido en ediciones compiladas por "personas incompetentes y aun ajenas en un todo a lo que al arte se refiere" (IV, 796). Menéndez y Pelayo mejoró en efecto esta situación. Hay otras muchas referencias aisladas; p.ej., al negro Johnson (II, 557), campeón de boxeo; al rey Melchor "de rostro negro" (IV, 165), a Otelo (PC, 505), etc.; pero es evidente que no significan mucho en sentido sustantivo, es decir, no tienen la misma importancia frente a las alusiones del negro bien descrito y largamente comentado en la obra del nicaragüense.

Los textos siguientes se refieren al negro situado en papeles secundarios, que si bien son ornamentales los más de los casos, poseen importancia en el sentido de que forman una parte de un mundo, a veces exótico, creado por nuestro poeta. La presencia negra tiene tal interés en la creación de estas atmósferas, que habrá de ser comentada en detalle

<sup>5</sup> Max Henríquez Ureña, *El retorno de los galeones y otros ensayos* (México: Studium, 1963), p. 182.

inmediatamente en la agrupación siguiente. Son textos referentes no a personas específicas sino a la raza en general, a África, a uno u otro negro anónimo, como aquellos negros que aparecen en un comentario sobre el teatro para niños de Jacinto Benavente, el "Shakespeare de los niños" (II, 798). Igualmente, al hablar de Leconte de Lisle (II, 274) y Paul Verlaine (II, 720) surgen alusiones a la "negra África". En el artículo sobre "La vida de Verlaine (realidad y leyenda)" llama a A. Rimbaud un "explorador de lejanas Áfricas, un negociante entre negros" (II, 720). Rubén Darío observa en las calles de Gibraltar, "aquí un negro, más allá un hindú" (III, 932). Concluye este artículo diciendo que en Gibraltar los tipos son marcadísimos. Parece que en la obra dariana no se dé un tipo más frecuentemente repetido que el negro.

Numerosos son también los esclavos negros, especialmente cuando Darío quiere ambientar sus poemas y cuentos en un exotismo de mundos lejanos. No sorprende, pues, tal atmósfera en su obra periodística. En el artículo "Joli Paris" relata la impresión que tiene de un *sha* de Persia, a quien ha visto varias veces en París. La presencia cercana de este oriental le hace recordar uno de los primeros libros que despertaron su imaginación de niño: *Las mil y una noches*, cuyas páginas le hablan de "reyes que tienen jardines donde vagan libres leones y panteras... reyes con tantas mujeres como el rey Salomón y piedras preciosas como huevos de paloma y esclavos negros que cortan cabezas..." (IV, 1254). La alusión al rey de Judá nos obliga a la inmediata referencia a su homónimo de color: aquel otro Salomón, el igual y opuesto al de la Biblia, "el Salomón negro" del cuento del mismo nombre; un príncipe tenebroso de rara belleza, "la propia persona de Salomón labrada con un inaudito azabache, genio o príncipe de la sombra" (IV, 91).

Asimismo, también se da la presencia negra en papeles reducidos: en "El Rey Burgués" con sus "esclavas desnudas, blancas y negras" (V, 625); "La muerte de Salomón", donde aparecen dos negras de Etiopía, "jóvenes y risueñas" (IV, 83) y en el cuento humorístico "Jerifaltes de Israel":

Una vez, iban en un pequeño barco que llevaba una carga de naranjas, como pasajeros un negrito y un judío. Sobrevino una fuerte y amenazadora tempestad. Y fue preciso, después de mucho bregar con el tiempo, aligerar la carga. El patrón echó al agua las naranjas. Luego un banquito de madera. Luego al negrito. Luego al israelita. Y sucedió que una vez pasada la tempestad, fue pescada en la costa una gran bestia marina. Y al abrirle el vientre, se encontró al judío, sentado en el banquito, y vendiendo las naranjas al negro (IV, 86).

Esta anécdota, claro está, tiene por motivo ilustrar humorísticamente el aspecto de "aves de rapiña" de esos jerifaltes de Israel, esos comerciantes que, según Darío, "antes que en la sinagoga, tenían su culto en la banca, en las casas áureas de Francfort, de Viena, de Berlín, de París, de Londres".

Nos queda por mencionar entre las referencias esporádicas al negro en sus cuentos la de "el criado negro y viejo" de "El cuento de año nuevo" (IV, 115) y la del "negro, negro de risa" de "La pesadilla de Honorio" (IV, 169-170).

Tales referencias también abundan en sus poemas: en "El primer día", el verso "Con menos ligereza que un negro se acomoda" (PC, 335); en "Sonatina" hay "cien negros con cien alabardas" (PC, 624). Vemos también "las risas blancas de negros esclavos" en "La rosa niña" (PC, 952) y "un negro cochero" en "Balada del rebaño de Hugo" (PC, 1069).

Darío puebla su mundo poético e imaginativo con negros (esclavos, criados, cocheros, guardias, etc.), para ayudar a la creación de un ambiente deseado: el exotismo, la nebulosidad, la lejanía oriental. Tal tendencia rubendariana hacia el orientalismo se manifiesta con mayor intensidad en las muchas referencias a la reina de Saba y a otras reinas morenas semejantes (PC, 1024), y, en especial, en poemas de capital importancia en la formación estética de nuestro poeta. Nos referimos, por ejemplo, en primer lugar, a "Alí", largo cuento en verso que narra la historia del amor trágico del negro Alí y de la linda mora Zela (PC, 476-496). Junto con Alí, en este poema están presentes camellos, elefantes, perlas, oro, marfil, rubíes, diamantes y otras riquezas que, como el bello africano, sugieren "cosas del misterioso Oriente" (PC, 476).

Un poema de sumo interés dentro del contenido de este estudio son los versos a la negra Dominga (PC, 1064-65):

Conocéis a la negra Dominga?  
 El retoño de café y mandinga,  
 es flor de ébano henchida de sol.  
 Ama el ocre y el rojo y el verde,  
 y en su boca, que besa y que muerde,  
 tiene el ansia del beso español. . .  
 Serpentina, fogosa y violenta,  
 con caricias de miel y pimienta  
 vibra y muestra su loca pasión:  
 fuegos tiene que Venus alaba  
 y envidiara la reina de Saba  
 para el lecho del rey Salomón.  
 Vencedora, magnífica y fiera,

con halagos de gata y pantera  
 tiende al blanco su abrazo febril,  
 y en su boca, do el beso está loco,  
 muestra dientes de carne de coco  
 con reflejos de lácteo marfil.

Son interesantes, no sólo como expresión poética sobre el tema negro, sino también por haber sido objeto de polémicas de diversa índole: paternidad literaria, identidad de la negra Dominga, antecedente de la poesía negra, etc. El Dr. Regino E. Boti ha investigado extensamente los orígenes de estos versos para definir su paternidad literaria. Opina que no pueden ser atribuidos a Julián del Casal. Emilio Ballagas resume así los resultados de las investigaciones de Boti: "El Dr. Regino E. Boti llega a la conclusión de que es de Darío el fragmento publicado en La Habana en 1892, después de cotejar su estilo con el predominante en otros poemas del propio Darío en que éste toma como motivo de alusión poética a la Reina de Saba, al Rey Salomón y con más frecuencia aún a Venus; excluyendo a Casal por su ausencia de parecido con el estilo pagano-oriental del bardo nicaragüense".<sup>6</sup> Estos versos, ¿son descripción de una fotografía —pregunta M. Henríquez Ureña—<sup>7</sup> o evocación de alguna escultura de ébano que el autor había visto? Boti cree que no. Sostiene que Darío recibió inspiración de la propia 'Venus negra' al verla pasar por un café cierto día en La Habana. Allí se enteró de su nombre y allí, llena su imaginación de ella, surgieron los versos. Para Boti, las expresiones "flor de ébano henchida de sol", "ama el ocre, y el rojo y el verde", "boca do el beso está loco", "dientes de carne de coco", etc., de palpitable colorismo, son reflejo claro de la impresión del natural, en modo alguno provocadas por la contemplación de una fotografía. "En ellas vive la caricia de la luz sobre la piel de la hembra, la coloración policroma de su traje y su manta o su pañuelo y la sonrisa sensual y turbadora".<sup>8</sup>

Estas expresiones y otras semejantes señaladas por Boti han captado la atención de Valbuena Briones, quien, discutiendo el tema negro en la poesía antillana y la tradición de color en el teatro y la poesía, afirma que "en el modernismo se hallan los primeros productos conscientes de esta corriente criolla. . . . El mismo Darío en '¿Conocéis a la negra Dominga?' había sugerido con la retórica apropiada (mandinga, cafre, ébano, pi-

<sup>6</sup> *Mapa de la poesía negra americana* (Buenos Aires: Editorial Pleamar, 1946), p. 72.

<sup>7</sup> *Breve historia del modernismo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1962), p. 129.

<sup>8</sup> *Para Hipsipilas* (Habana, 1923), pp. 175-176.

mienta, coco, marfil) el ambiente deseado",<sup>9</sup> lo cual nos hace pensar en la posibilidad de una estrecha relación entre el modernismo y la poesía negra, tan en boga en la literatura antillana desde los comienzos de este siglo, aunque siempre patentes en las letras hispánicas desde el Siglo de Oro.

Nos sería fácil, en efecto, poner de manifiesto las múltiples afinidades entre el modernismo y la poesía negra: el sensualismo, el erotismo, el exotismo, el color, lo pictórico del modernismo, bien patentes en la poesía al lado de la libertad en el verso y sobre todo en el ritmo y la acentuación, palpitan, bullen y son expresiones vivas también del alma negra. En el simple desarrollo de tales ideas hay implícito un estudio realmente de mérito al cual Helen Ferro ya ha dado impulso al escribir que "el ritmo de 'Elogio de la seguidilla', como los poemas con descripción de danzas de los demás modernistas, junto con lo popular y pintoresco de 'La negra Dominga', pudieron influir en algún poeta negroide..."<sup>10</sup> Idea que recoge y concreta mucho más E. Ballagas en su libro, *Mapa de la poesía negra americana*: "Darío, más de una vez, se dejó ganar por el encanto exótico y vernáculo a la vez del negrismo americano" (p. 72), añadiendo con razón que la negra Dominga no fue la única destinataria de las alusiones darianas a la hermosura negra. Fundándose en la negra Dominga, al menos dos compiladores de antologías le han considerado a Darío cultivador y exponente de la poesía negra.

En "Divagación" se encuentran perfectamente ensamblados todos estos temas del negro, lo exótico y lo erótico en Darío que venimos comentando. Como prueba de ello, damos a continuación un extenso fragmento de este poema. Primeró, la expresión intencional de la lejanía, como composición de lugar, preparando el espíritu del lector para lo erótico:

¿Los amores exóticos acaso...?  
 Como rosa de Oriente me fascinas  
 me deleitan la seda, el oro, el raso.  
 Gautier adoraba a las princesas chinas.

Ámame en chino, en el sonoro chino  
 de Li-Tai-Pe. Yo igualaré a los sabios  
 poetas que interpretan el destino;  
 madrigalizaré junto a tus labios.

.....

<sup>9</sup> *Literatura hispanoamericana* (Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1961), p. 422.

<sup>10</sup> *Historia de la poesía hispanoamericana* (New York: Las Américas, 1964), p. 168.

Ámame japonesa, japonesa  
antigua, que no sepa de naciones  
occidentales: tal una princesa  
con las pupilas llenas de visiones,  
.....

O con amor hindú que alza sus llamas  
en la visión suprema de los mitos  
y hace temblar en misteriosas bramas  
la iniciación de los sagrados ritos,  
.....

Tras esta ambientación bien calculada surge la negra como culminación de tal atmósfera.

O negra, negra como la que canta  
en su Jerusalén el rey hermoso;  
negra que haga brotar bajo su planta  
la rosa y la cicuta del reposo ... (PC, 621-22).

Y así, Darío desarrolla su deseo de gozar de un amor cosmopolita, universal deseo reiterado en "¡Aleluya!":

El beso de esa muchacha  
rubia y el de esa morena  
y el de esa negra ¡Alegría! (PC, 765).

Se ha escrito mucho sobre el hambre sexual de Rubén Darío. Sin duda, su actividad amorosa influyó grandemente en su obra, aunque algunos rechazan la idea de que era un don Juan. Escribe Carlos García Prada que "... en nada se parecía a don Juan... , amaba (a las mujeres) sólo como artista... , era un erótico imaginativo, como el Romeo shakespeariano y sus amores flotaban en las brumas del ensueño, sin concretarse de veras en ninguna mujer. ... Su erotismo fue ilusión de artista platónico a quien atraían las grandes amadas de la literatura universal".<sup>11</sup> Juan Antonio Cabezas,<sup>12</sup> de acuerdo con García Prada, piensa que Darío no fue un don Juan, que, para Rubén, la mujer ha de ser poseída sexual y espiritualmente. Idea repetida por Simón Latino en su *Antología de la poesía sexual*, donde se le considera a Darío el maestro supremo de la poesía sexual, "lo sexual considerado no como el impulso instintivo, animal, hacia la mujer, sino algo más dinámico y profundo ... algo que

<sup>11</sup> Rubén Darío, *Cuentos y poesías* (Madrid: Ediciones Iberoamericanas, 1961), p. 24.

<sup>12</sup> *Op. cit.*, p. 97.



transcende la carne, espiritualizándola..."<sup>13</sup> Para Pedro Salinas<sup>14</sup> todas las mujeres mencionadas por Darío son variantes de un ardor erótico que pasa de la exaltación de la mujer de carne y hueso a una personificación desindividualizada. De esta manera, toda mujer o musa se transforma en "la mujer" en sentido genérico, y, dada la inclinación a lo erótico del poeta, la negra no podía menos de incluirse en su mundo poético junto con "sus hadas, ninfas, centauros, flautas griegas y violines de Hungría, efebos y doncellas, pajes y princesas... cisnes, pavos reales y palomas..."<sup>15</sup>

Una de las facetas más notables en su obra es la constante atención prestada a diversos aspectos de la vida del negro en varias partes del mundo. Hombre que tanto leyó y viajó, tuvo lógicamente innumerables oportunidades de observar al negro. Es en verdad, como la califica Ballagas, una fina nota en prosa aquélla sobre los negros candomberos. Héla aquí:

Y tras Moreira, esa pintoresca mascarada africana que llaman condombre. Negros de verdad o negros de hollín y pintura, es el caso que esa comparsa evoca los faustos bárbaros de África, los acompañamientos sacerdotales o cortesanos de los reyes de ébano; Behanzines o Meneliks el son de los extraños timpanos, las sonajas que ritman una danza especial, un danzanie que va mimando en un paso raro que evoca algo de exposición universal, de cosa de Barnum, o de novela de Verne. Todo eso es lo que resta de la raza de color que fue en América esclava de nuestros abuelos. Esos ritmos llegan a los negros que quedan, a través del tiempo, con un vago rumor del ardiente y misterioso continente, de las selvas de Onanga o del Congo. Esos ecos los han oído los que han visitado Cuba, Colombia, el Perú, en los ingenios de azúcar, entre los bogas del Cauca que cantara Candelario Obeso, o en las fiestas crespas de Malambo.

Sigue, Negro candombero, mandinga o carbalí, sigue en tu paso acompasado, en medio de la fiesta carnavalesca. ¡Tú rememoras algo que sirve al pensamiento, a la poesía siquiera seas abominado por la costurera disfrazada de princesa, o la mucama fragante de patchulí! (I, 742-43).

Sigue demostrando su conocimiento del negro cuando alude a la variedad de reacciones ante las causas de las enfermedades del hombre:

La ciencia moderna ha dado un paso muy importante descubriendo que las enfermedades son ejércitos de animales microscópicos destruyendo un organismo humano. Muy bien. Ya se empieza a ver que en la muerte hay

<sup>13</sup> *Antología de la poesía sexual* (Buenos Aires: Editorial Nuestra América, 1959), p. 31.

<sup>14</sup> *La poesía de Rubén Darío* (Buenos Aires: Losada, 1948).

<sup>15</sup> Rubén Darío, *Cuentos y poesías, op. cit.*

un principio de vida. Lo único que falta es descubrir al capitán de esos minúsculos ejércitos. Ese es el hombre invisible, el genio de destrucción que está en nosotros y que en todas partes se ha sentado en los altares haciéndose pasar por Dios. En el antiguo Egipto, bajo la forma descarnada de Isis; en la Caldea, como un pez enorme; entre los negros de África, como un cocodrilo; en China, como un dragón, etc., etc. (III, 675).

En el cuento "La Miss" (IV, 172-78) vemos a negros de África "desnudos, completamente desnudos, riendo, moviéndose, gesticulando como micos, negrillos que mostraban los dientes, hablaban con modos bárbaros, palabras en inglés, en español, en portugués". En un bote cerca del vapor "aquellos animalitos pedían peniques, los peniques que les arrojan siempre los viajeros y que ellos atrapan en el agua, nadando, con la agilidad de las anguilas...". Una vez Darío, charlando con amigos sobre Cuba, soñaba con "La Habana como una capital de placer y de deleite... en que iban marquesas blancas de grandes ojeras, criados negros, terribles y fieles" (I, 609). Y en Lima, donde hay familias de noble y pura raza española, nota "la más extrema confusión de razas: chino y negro, blanco y chino, indio y blanco y las variaciones consiguientes" (II, 21). En Tanger observa a "negros colosales: ¿senegaleses?, ¿abisinios?, ¿sudaneses?". Y, entre otras muchas descripciones añade:

Perdonad mi escasez de antropología en tan curiosas sensaciones africanas; mas lo único que os diré es que como esos gigantescos negros eran, o deben haber sido, los que cuidaban los molosos y los leones de la reina de Saba. Los vestidos hacen sus juegos de color en la plaza hormigueante. Ya es el jaique blanco, ya el jaique rosado, ya el jaique verdoso; ya el jaique oscuro o leonado; ya el amplio albornoz majestuoso, ya los mil turbantes de varias formas. Veo turbantes rojos en el centro, y alrededor blanquísimos, en un pesado retorcimiento de telas; turbantes blancos de centro negro, turbantes todos negros y turbantes todos blancos; y unos que parecen hechos de camisas viejas, y otros que parecen gordas trenzas de fulares de lujo. Una tela es áspera y pobre; la otra os da idea del gran señor que la lleva, por los tejidos de oro que brillan en la ondulante seda o preciosa lana. Hay albornoces que indican una categoría. Hay babuchas ricas y babuchas miserables. (III, 958-959).

Bien sabido es que Rubén Darío pasó muchos años en Francia. A principios del siglo se encuentra en París como corresponsal de *La Nación* en la inauguración de la Exposición Universal. El poeta-cronista observa todo lo que le rodea. "Todo lo absorbe la esponja ávida de su mente. Se empapa de sensaciones nuevas".<sup>16</sup> Acaso sea París el lugar donde más

<sup>16</sup> *Cabezas, op. cit., p. 145.*

atención presta a la raza negra. En París hay presente un poco de cada cosa: "mujeres blancas, negras, morenas, rubias, Venus de nácar, de bronce, de ébano".<sup>17</sup> Debido a la Exposición arriban a París gente de todos los países del mundo:

Aquí están los grandes industriales europeos, que pagan sueldos de hambre, los grandes negociantes yanquis, que vuelven de esas tierras de novela del Oregón y el Kentucky. Los terratenientes de Hispanoamérica, que trabajan la tierra con el sudor negro de la esclavitud, no terminada prácticamente. Hombres de... Holanda, Alemania. Auténticos lores ingleses, que rodean las cinturas de las beldades caras con el mismo brazo que blandía el látigo sobre las carnes morenas en África y en la India, en Indochina y en los archipiélagos polinésicos. Rajás y mandarines, príncipes rusos y reyes del Oriente medio. Jefes hindúes...<sup>18</sup>

París, "paraíso artificial", encanta, embriaga, y atrae a todos: al chino, al japonés, al negro, al ruso, al yanqui, al criollo. "Todos sufren su atracción de la misma manera" (I, 460). París, escribe Rubén, "a pesar de lo que se diga, es para el amante de la diversión y del jolgorio, para los derrochadores del dinero y de la salud, un imán irresistible. El chino en su China, el persa en su Persia, el más remoto rey bárbaro y negro que haya pasado por el paraíso parisiense recordará siempre sus encantos y pensará en el retorno" (IV, 1055).

En el artículo titulado "En París", Rubén Darío, gran analizador de pueblos, escribe:

La gente pasa, pasa... Allí va la familia provinciana, que viene a la capital como a cumplir un deber; van los parisienses, desdeñosos de todo lo que no sea de su circunscripción; van el ruso gigantesco y el japonés pequeño; y la familia ineludible ¡helas! inglesa, guía y plano en mano; y el chino, que no sabe qué hacer con el sombrero de copa y el sobretodo que se ha encasquetado en nombre de la civilización occidental; y los notables de Hispanoamérica y los negros de Haití que hablan francés y gesticulan, con la creencia de que París es tan suyo como Port-au-Prince. Todos sienten la alegría del vivir y del tener francos para gozar de Francia (III, 386-387).

En otros artículos Darío continúa observando acertadamente a la gente de París. En "París nocturno" leemos:

Un pintoresco río humano va por las aceras, y la tiranía del rostro, que decía Pée, se ve por todas partes. Son todos los tipos y todas las razas: los

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> *Ibid.*

yanquis importantes e imponentes, glabros y duros; los levantinos, los turcos y los griegos, parecidos a algunos sudamericanos; los chinos, los japoneses y los filipinos, con quienes se confunden por el rostro de Asia; el inglés, que en seguida se define; el negro de Haití o de la Martinica afrancesado a su manera, y el de los Estados Unidos, largo, empingorotado y simiesco, alegre y elástico, cual si estuviese siempre en un perpetuo paseo de la torta..." (IV, 1051).

Es fácil identificar por su comportamiento a este negro estadounidense entre las multitudes de París. Como vemos, distingue claramente a este negro del de Haití, del de la Martinica, etc. Cada uno, según observa Darío, tiene sus propios hábitos, más que características físicas que lo identifican: El negro de Haití o el de la Martinica es afrancesado, el de los Estados Unidos, alegre y elástico. Darío nota que en París el negro estadounidense puede vivir una buena vida libre de persecución racial, es decir, que puede sentirse más libre, sobre todo si tiene dinero. En un buen pasaje en que discute la reacción de París al "famoso match del blanco y negro, entre Jeffries y Johnson", comenta:

Jeffries y Johnson lograron popularidad parisiense. Aquí tiene el box sus aficionados y partidarios, entre algunos *sportsmen* y *snobs*. Se han visto y se ven pugilatos públicos a que ha concurrido un público de clases diferentes. Pero la cosa no ha pasado a más. La repercusión que tuvo la *performance* norteamericana ha sido seguramente causada por lo elevado de las apuestas, por los *cachets* que han cobrado los rivales, y por ser un negro y un blanco, como en las damas, los elementos del juego, y hubo quiénes apostaran al blanco, y quiénes al negro. La victoria de éste fue alegremente comentada, y las atrocidades que en Norteamérica siguieron a ella, lo fueron también.

—¡Que se venga a París el negro!—decían algunos.

Y con razón. En París los negros o mulatos con dinero no tienen por qué quejarse. Hay muchos de ellos, que en los Estados Unidos o en ciertos círculos de las aristocracias hispanoamericanas serían rechazados, y que aquí viven tan lindamente, dándose gusto y hasta viendo su nombre en los periódicos. No hace mucho que se habló de un banquete a dos poetas negros, creo que haitianos. Y en honor de ellos hablaron dos poetas blancos, aunque de segundo orden. M. Gregh y Dorchain ... Y los negros *continúan* y hacen bien (II, 563-64).

En un extenso comentario sobre "Los exóticos del Quartier", Darío escribe: "en la terraza del Vachette, o desde algún banco del Luxemburgo me fijo singularmente en los exóticos que desfilan y me llama,

sobre todo, la atención el negrito del panamá, un negrito negro, negro con un panamá blanco, blanco. Es un negrito delgado, ágil, simiesco, orgulloso, pretensioso, pintiparado, petimetre, suficiente, contento y como danzante" (II, 521). Este negrito causa cierta molestia a Darío por no poder identificarlo exactamente. Y entonces, jugando con la imaginación, a la manera de Gutiérrez Nájera en "La novela del tranvía" quien, no sabiendo nada del señor sentado en el tranvía, opta por fantasear y revelar sus propios pensamientos sobre su vida, Darío se pierde también en su propio mundo de imaginación como sigue:

París contiene varias clases de hijos de Cham, pero este negrito a ninguna de ellas pertenece. No es, seguramente, el célebre payaso Chocolat, que ha recibido recientemente una medalla por haber ido muchos años a divertir con saltos y muecas a los niños pobres de los hospitales y asilos; no será, por cierto, Koulery Ouníbalo, Príncipe Gleglé, hijo del rey Behanzin Cortacabezas, que puede verse reproducido en cera en el museo Grevin y del cual príncipe, que ha servido como buen soldado a Francia, no ha vuelto a acordarse el Estado que depusiera a su padre; no será, de ninguna manera, el diputado por la Guadalupe, Legitimus, que ha pasado ya los años de la alegre juventud; no será, sobre todo, el estupendo Johnson, que desquijarró a Jeffries en Yanquilandia y cuyo retrato y "sonrisa de oro" han popularizado las gacetas. ¿Quién será entonces este negrito pintiparado que camina "en se dandinant" y "dodelinant de la tête?" A veces va solo; a veces va con otros compañeros de color, pero que no tienen sus manifestaciones de holgura ni su cándido jipijapa; a veces en compañía de una moza pizpireta del "quartier," una de esas trabadas calipgias que andan hoy por la moda en perpetua gymkana.

Como no estamos en los Estados Unidos, la muchacha jovial que ama los oros no gradúa ni los relentes ni los inconvenientes de la mayor o menor cantidad de betún de su acompañante. Hay un hecho innegable por su apariencia: ese negrito es rico. Debe quizá poseer cañaverales en alguna Antilla; o bien su bien provista cantina en tal ciudad del congo; o bien sencillamente será algún banquero, esto es, un negro tratante en blancas, para Colón, para Jamaica, para Trinidad. ¡Vaya usted a saber! Mas lo que llama la atención es su suficiencia, su aplomo y un mirar y un sonreír donjuanescos ... "Niger sum sed formosus ..." (II, 521-2).

Nada hubo que atrajese más la atención de Darío como la danza negra. Y, en especial, el *cake-walk*, aquel baile de moda de principios de siglo, tan insistentemente aludido en las páginas del nicaragüense. Inclusive llega a ser objeto de un artículo completo del que sacamos esta cita: "... el *cake-walk* conmueve al mundo, el *cake-walk*, danzón loco de africano origen, candombe yanqui, bábula de Virginia, pariente de las timbirimbas y mozamalas de los negros limeños, de los pasos simiescos de

los negros de los ingenios cubanos, de los boritos y cumbiambas de los negros de Panamá, de los toumblake de los negros de Guadalupe y de las ingénitas y extraordinarias coreografías de los negros de todas partes. Nadie puede bailar el *cake-walk* como un negro, y el admirador del *cake-walk* tiene, ...que admirar al negro..." (I, 706-8).

Y finalmente, antes de pasar a otros temas, detengámonos unos momentos en su artículo "La raza de Cham", cuyo contenido está casi enteramente dedicado a una larga discusión de las actitudes del negro, a su posición en el mundo, y a la cuestión racial en los Estados Unidos. Es indispensable su conocimiento a los que quieren ahondar en esta faceta sociológica de nuestro poeta-cronista.

Darío comienza el artículo diciendo que, mientras los amarillos se imponen en espantosas catástrofes, los negros se hacen notar en farsas sangrientas. Lo que da pie a estas palabras de Rubén Darío son las malas nuevas que de Haití acaban de llegar a Francia sobre la posible inminente agitación de los naturales. Los blancos en esta isla temen una insurrección de color, algo que, según él, sin duda, sería terrible para los europeos. Entonces se refiere al negro con adjetivos muchas veces repetidos en su obra. Escribe: "En el negro danzante, tristón, jovial, pintoresco, carnavalesco, surge, con el fuego de la cólera y el movimiento de la revuelta, el antepasado antropopiteco, el caníbal de África, la fiera oscura de las selvas calientes" (IV, 1387). Y añade que hay experiencia sobre ese punto. Para ilustrarlo, menciona las amenazas que en París hace Tobías, un doctor negro a la raza caucásica, amenazas que coinciden con las agitaciones haitianas. Siendo este audaz doctor de los Estados Unidos, Darío interpola aquí su opinión definitiva y tajante sobre el negro estadounidense. Son "los más osados, los más audaces que pueden existir sobre la superficie de la tierra" (IV, 1387). Para apoyar esta opinión cita al Dr. Damián Lan, un escritor argentino: "Yo no he visto, ya que de audacias le hablo, nada más atrevido, más decididamente atrevido, que el negro americano. ¡Ah, los negros! ...son el terror de los turistas extranjeros y la sombra nefasta de sus compatriotas blancos" (IV, 1387-88), idea que amplifica en el largo párrafo que sigue, citado en su totalidad por Darío:

La negrada es todo un problema social en los Estados Unidos; esto, todos lo sabemos. Pero, estando aquí, se comprende mejor cómo es posible que todo este inmenso pueblo se conmueva en masa cuando los diarios lanzan a todos vientos la noticia de que el presidente Roosevelt ha invitado a su mesa a un negro, por ejemplo, o que el ministro tal se ha paseado por las calles de Washington codeándose con un mulato. Estos seres de color

oscuro, tan buenos y humildes entre nosotros, constituyen aquí una familia de nueve millones de individuos perversos y despechados contra el blanco, que les ha tratado siempre con rigor y que por eso ha provocado en ellos un odio profundo que se va sucediendo de generación en generación como legado hereditario. El negro aquí no es el ente medroso y pusilánime que conocemos, no; demuestra al blanco el más decidido desprecio, lo mira siempre fisgándose de él, se ensaña con él cuando puede hacerlo víctima de alguna perversidad, y goza entonces con su desgracia. Sabe que sus derechos ante la ley son los mismos de la otra raza, y se afana a todo trance por poner esta igualdad de manifiesto. ¿Qué mucho, entonces, que en la práctica la ley Lynch subsista aquí todavía? (IV, 1388).

Tales ideas, continúa Darío, son un apoyo a la sabia opinión de M. Rémy de Gourmont sobre los negros y su actitud en la América anglosajona, donde según éste,

Mr. Roosevelt pretende imponer a los blancos la supremacía, aunque local, aunque momentánea, de hombres de color, aunque distinguidos. Se trata de algún preceptor, de algún juez de paz. Eso parece nada y es enorme. Hay pastores negros, hay curas negros, los hay chinos: ¿qué hugonote francés, cuál de nuestros paisanos católicos iría a confiarse, sin risa, o sin asco, a ese ministro verdadero, sin embargo, de su religión? La especie domina la religión. Sin duda, la religión es un vínculo, y un chino cristiano ha adquirido algunas nociones que le acercan a un civilizado occidental. Pero eso es bastante flojo. Los negros de Mr. Roosevelt pueden ser excelentes wesleyanos, perfectos baptistas, metodistas deliciosos; el sajón, el latino o el celta les rechazan unánimemente, y su rechazo es bello, pues está conforme con las voluntades de la naturaleza. El patriotismo del suelo es excelente; hay que defender su casa contra los ladrones, eso es elemental. El patriotismo de la especie, o, si se prefiere la palabra literaria, el patriotismo de la raza, ha llegado a ser tan necesario como el patriotismo del suelo. (IV, 1389).

Para M. Rémy de Gourmont es evidente que el problema negro, aunque hoy limitado a los Estados Unidos, va aumentando desmesuradamente, paso a paso, para extenderse, en un próximo futuro, por el mundo entero. Y sigue:

Los americanos, protestando contra los sentimientos demasiado bíblicos de Mr. Roosevelt, sirven a la causa de la civilización, absolutamente ligada a la preeminencia de la raza blanca; pero si ellos quisieran obedecerle, y aceptar funcionarios negros, y casarse con negras, y procrear una bella raza de mestizos, si consintiesen en degenerar, en fin, harían un gran servicio a la Europa. El país del juez Lynch es demasiado vigoroso para consentir en tales humillaciones, y el noble patriotismo de la especie es

demasiado potente. Vale más linchar negros que elevar estatuas a los Schoelchers. (IV, 1389-1390).

Tobías, el escritor negro, proclama:

...no la igualdad, sino la superioridad de los negros sobre los blancos. La superioridad intelectual y la superioridad física. "Tenemos—dice—mucho más imaginación". Y señala como síntoma de decadencia los dientes cariados y las cabezas calvas de muchos anglo-sajones, ante las bien provistas mandíbulas y las tupidas pasas de los libertos de ébano. (IV, 1390).

Es evidente que esta actitud le perturba mucho a Darío, particularmente por lo que sus ideas tienen de avanzadas. Darío se muestra más conservador y con absoluta confianza en que el sentimiento cristiano había de lograr la condena de las crueldades de la Ley Lynch, defendidas y justificadas por el Dr. Lan M. Rémy de Gourmont.

Este negro altivo que escribe palabras tan atrevidas no tiene nada que ver con el famoso tío Tom. Estamos lejos, afirma Darío, de las familias de la Colonia. "No es fácil, al menos por ahora, que la preponderancia de las razas de color que augura el convencido Tobías, se realice, para ruina y mengua de la civilización occidental, es decir blanca" (IV, 1390-1391). Y, demostrando una vez más su amplio conocimiento del tema del negro, cita otra fuente de información: la de cierto doctor Roxo, brasileño, quien escribiendo sobre las perturbaciones mentales de los negros en el Brasil, dice:

Después de haber estudiado en todos sus pormenores las perturbaciones mentales en los negros, resulta que es un hecho probado que la raza negra es inferior: en la evolución natural es retardataria, y mientras el cerebro de los negros no entre en un período de actividad creciente, será una utopía la nivelación de las razas. Cada cual tiene un grillete que le retiene por los pies: es la tara hereditaria. Y ésta es pesadísima en los negros. (IV, 1391).

Darío encuentra consoladoras estas ideas del Dr. Roxo al compararlas con las que contiene la teoría Tobías. Y al llegar a este punto de su artículo, el nicaragüense se detiene para expresar su falta de fe en el futuro venturoso de la raza negra, la que, a pesar del heroísmo de un Maceo, de un Toussaint Louverture, a pesar de la confianza cifrada por el romanticismo en ella, no obstante brillantes individualidades de la misma, pero sólo individualidades, es decir, casos esporádicos,

la Humanidad no ha podido aún ver el genio negro. El talento mismo es en ellos escaso, fuera de ciertas especiales disciplinas, a las cuales se adaptan



su agilidad y su don de imitación. Mr. Tobías señala como un gran triunfo el éxito de una compañía de cómicos de color, Walker y Williams. Hay una cantante que se llama la Patti negra. Hay algunos violinistas y creo que algunos pintores. Según Tobías, abundan los escritores en los Estados Unidos. En la América española no han faltado. Plácido es célebre en Cuba, y Candelario Obeso, en Colombia. Haití cuenta con varios rimadores y cuentistas. Mas, colectivamente, todo eso, en unas partes como en otras, acaba y se resume en la bambula, en el tamborito, en el toumblack, en la moza-mala, en el candombe. Juan Montalvo tenía siempre la preocupación del "negro malcriado". Se refería a los de su tierra. Si llega a sufrir las imperatinencias osadas de los de Norte-América, rabia y relampaguea mayormente. Habitados a una secular obediencia, a una tradicional pasividad, la libertad vuelve a los negros locos de vanidad y de crueldad. (IV, 1391-1392).

Darío desarrolla esta idea, que, en su opinión, encarna y caracteriza mejor a la raza negra:

La vanidad, que les es característica—no hay vanidad como la del piel obscura—, les induce a imitar los gestos y maneras del caballero blanco, del antiguo patrón. El ministrel se pavonea. Su teoría, su sueño, su meta, es la igualdad. Pero que no tenga la más simple representación, la autoridad más pequeña, el honor más mínimo, porque entonces se convierte en el peor tirano. Nada por eso más horroroso y sangriento que las represalias negras en el Norte, y que la política negra, y las insurrecciones negras, en ese todavía misterioso Haití, en donde aun impera el recuerdo de Biassan el feroz, del vampírico Dassalines, y del mismo Toussaint, que, a pesar de la poetización lamartiniana, decía a sus gentes después de la comunión: "*Zoté coné bon Gin; ce li mi fe zoté voer. Blan touyé blan yo toute,*" lo cual en romance quiere decir: "Ya conocéis al buen Dios. Es el que os hago ver. Los blancos le mataron. ¡Matad vosotros a todos los blancos!" Y en seguida tenía la osadía de escribir a Napoleón: "Al primero de los blancos el primero de los negros", cosa que hacía arrugar el entrecejo al duro emperador. (IV, 1392).

Y, manifestando su amplio conocimiento de cuanto por entonces se escribía en torno al negro, al hablar de la crueldad como otra de las características propias del negro, trae a colación lo de cierto escritor que comentaba las atrocidades cometidas por los haitianos:

Se buscaría en vano en la historia de los pueblos una manifestación igual de ferocidad. Las vísperas sicilianas y la noche de San Bartolomé fueron juegos de niños comparados con la masacre de Santo Domingo, que saludó la aurora de la república haitiana. Las tradiciones locales abundan en recuerdos espantosos. Colonos, marqueses y condes que llevaban los más hermosos nombres de Francia—Richelieu, Gallifet, Breteuiel—fueron picados vivos, milímetro por milímetro, bajo el cuchillo de los negros, refinados en su sal-

vajismo. Otros fueron decapitados, con un acompañamiento de circunstancias atroces. Los verdugos dejaban las armas de acero, que cortaban bien, y aserraban las carnes y tendones con fragmentos de viejos aros de barril. Y se cree que los '*blanc-français*' que perecieron, hombres, mujeres, niños, fueron en número como de veinticinco mil. (IV, 1393-1394).

Darío concluye el artículo sobre "La raza de Cham" volviendo al motivo que lo inspiró: las agitaciones de los negros en Haití, opinando que, en vista de tal cúmulo de ferocidades, los blancos residentes en la república semicimarrona tienen razón al temer por sus vidas. Y cierra su trabajo llamando la atención al mundo por las palabras perturbadoras del negro Tobías: Los hijos de la civilización europea, nos dice, deben poner oído atento a estas palabras con que Tobías concluye su trabajo:

El problema del siglo XX será el de las relaciones por establecer entre la raza blanca y la raza de color en el mundo. Creo que las razas de color triunfarán sobre las razas blancas.

En la categoría de las razas de color coloco a los africanos, los indios, los chinos, los japoneses y los habitantes de la Oceanía. Tengo la firme creencia de que esa victoria de las razas de color será cierta, y me baso sobre todo en el hecho de que las razas de color aumentan numéricamente, mientras que las razas blancas disminuyen. Y es el número el que dirá la palabra... Ya se encargarán en el país de las bandas y de las estrellas de enseñar a Tobías cómo hablaba Zaratustra.

Mas ¿cómo hablaba Jesucristo... (IV, 1394).

Significativos puntos suspensivos de conclusión. Una vez presentado este tratado sociológico que revela un Darío lleno de sospecha en ciertas características y tendencias de la raza negra, veamos a continuación las múltiples referencias a la actitud de simpatía hacia la raza negra contenidas en su obra. Particularmente son numerosas las expresiones humanitarias. Darío, atraído por la noble idea de la justicia, crítico de la opresión y lleno de fe en la dignidad humana, ha reflexionado muchas veces sobre la suerte de los negros. Vale la pena recoger los textos que muestran tales pensamientos.

Nunca cerró los ojos el de Nicaragua ante las quejas de los oprimidos, ante el sufrir humano. Raimundo Lida, después de resumir sus cuentos, concluye que el autor se siente seguro en el terreno de la fraternidad personal, que siente y muestra mucha simpatía por el individuo y, entre otros muchos ejemplos, escribe que es bien visible su indignación ante el "humanitario clamor victorioso"<sup>19</sup> con que linchan a Puck,

<sup>19</sup> *Letras hispánicas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959), p. 342.

el fingido negro de la selva de Brocelianda. Esta simpatía personal hacia el negro que se manifiesta en "El linchamiento de Puck" [en el que al *negro* Puck, "como un legítimo africano, después de haberse caído en el tintero de un poeta", al salir al campo, se le elimina por *negro* libidinoso, resultado de un grito de socorro de una mariposa blanca, "grito igual a una de las jóvenes norteamericanas cuya inocencia es atacada por los negros del Sur" (IV, 137)] es evidente en otras páginas expresivas de indignación personal ante semejantes ultrajes e injusticias provocados por la desigualdad social y racial:

Yo he visto, por otra parte, durante un *monome* reciente, una escena que podría ser muy graciosa para otros, pero que a mí me causó tristeza. En una terraza de *café* tomaban tranquilamente su *bock* un negrito y un mulato, de los que vienen a estudiar a París, y que una vez coronada su carrera, vuelven a su país haciéndose lenguas de la ciudad-luz. Pues bien: en cuanto el *monome* o la procesión de estudiantes clamorosos pasó por el *café*, unos estudiantes vieron a los morenos, empezaron a gritar: *chocolat! chocolat! chocolat!*, con el aire de los *Lampions*. Los de la piel oscura pagaron su *bock* y se escurrieron. Pero el grito les persiguió: *cho-co-lat!* Y eso no es generoso que digamos. (IV, 1344).

En el *Viaje a Nicaragua*, al pasar por los Estados Unidos y advertir la práctica general de separar los servicios de blancas y negras con el *Para señoras blancas* y *Para señoras negras*, aplica con sumo sarcasmo la coletilla: "Detalle de higiene física y moral que desde luego hay que aplaudir" (III, 1021). Semejante sarcasmo se ve en una alusión al rey Leopoldo: "ese señor *bien* que tiene una estancia negra que se llama el Congo" (III, 719).

La presencia servil del negro en los Estados Unidos y sus humillaciones sufridas a manos de esos "bárbaros", le ha ayudado a entender y, a veces, a despreciar a este país de Calibán:

No, no puedo—nos dice en "El triunfo de Calibán—, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata. Son enemigos míos, son los aborrecedores de la sangre latina, son los bárbaros. Así se estremece hoy todo noble corazón, así protesta todo digno hombre que algo conserve de la leche de la loba.

Y los he visto a esos yankees, en sus abrumadoras ciudades de hierro y piedra, y las horas que entre ellos he vivido las he pasado con una vaga angustia. Parecíame sentir la opresión de una montaña, sentía respirar en un país de cíclopes, comedores de carne cruda, herreros bestiales, habitantes de casas de mastodontes. Colorados, pesados, groseros, van por sus calles empujándose y rozándose animalmente, a la caza del *dollar*. El ideal de esos calibanes está circunscrito a la bolsa y a la fábrica. Comen, comen, calculan,

beben whisky y hacen millones. Cantan *Home, sweet home!*, y su hogar es una cuenta corriente, un *banjo*, un negro y una pipa. Enemigos de toda idealidad, son en su progreso apoplético, perpetuos espejos de aumento. (IV, 569).

También a Darío le llama poderosamente la atención el curioso lado del alma anglosajona: la de los caricaturistas del chino, del irlandés y del negro. Como puede esperarse —escribe Charles Watland— a Darío le tuvo sin cuidado Mark Twain,<sup>20</sup> que confina con los *Christy's Minstrels*. La primera vez que va a verlos, la describe así: "Era en Nueva York, en un teatro de segundo orden. Aparecieron dos negros, dos yankees blancos pintados de negro. Los labios aumentados enormemente, con un rabioso carmín; la pasa hábilmente imitada; los pies alargados; los brazos ágiles; con gestos simiescos y movimientos de tango. Llevaban sendos "banjos"; largos fracs rayados, como los del tío Samuel; exagerados cuellos Gladstone; radiantes solitarios californianos" (IV, 817-8). Y entre otras muchas caricaturas y sátiras surgen "los inevitables irlandeses y negros, cuerpos diminutos sobre zapatos gigantescos, caras de enormes monos, bocazas de hipopótamo. Para dar idea de una mirada viva, se sacan los ojos fuera de las órbitas. Un puñetazo atraviesa un hombre: el puño sale por la espalda. No falta tampoco la coleta del chino; y el indio nativo, con su cresta de plumas. Bajo cada caricatura, una leyenda que corresponde al asunto" (IV, 818). No debieron de impresionar mucho a Darío tales espectáculos, cuando, siempre que puede, se detiene a describir injusticias hacia los negros como la que sigue:

Con mi cargo de corresponsal de *La Nación* me fuí para mi tierra, no sin haber escrito mi primera correspondencia, fechada el 3 de febrero de 1889, sobre la llegada del crucero brasileño Almirante Barroso a Valparaíso, a cuyo bordo iba un príncipe, nieto de D. Pedro.

En todo este viaje no recuerdo ningún incidente sino la visión de la debacle de Panamá: Carros cargados de negros africanos que aullaban porque según creo no se les habían pagado sus emolumentos. Y aquellos hombres desnudos y con los brazos al cielo pedían justicia. (I,61).

También Darío se conmueve ante la historia trágica de Candelario Obeso, un negro enamorado, "poeta suicida que no fue amado nunca" (IV, 725). Cada vez que pensaba en el pobre Obeso venían a su memoria estos versos:

<sup>20</sup> "As might be expected, Darío did not particularly care for Mark Twain." *Poet Errant, op. cit.*, p. 169.

Guilford ama a una blanca. Es una blanca  
 De tez de Juno y formas de Níobe;  
 Y es la faz de Guilford negra y sombría  
 Como el dolor mezclado con la noche... (IV, 725).

Es más feliz Otelo —a quien alude Darío muchas veces— que, aunque se da la muerte como el colombiano “sabe que los pálidos labios de Desdémona han repetido su nombre con amor” (IV, 725).

Y, asimismo, sigue pensando en la raza negra al escribir estos otros versos de “La gran cosmópolis”:

Casas de cincuenta pisos,  
 servidumbre de color,  
 millones de circuncisos  
 máquinas, diarios, avisos  
 ¡Y dolor, dolor, dolor!  
 ¡Estos son los hombres fuentes  
 que vierten áureas corrientes  
 y multiplican simientes  
 por su ciclópeo fragor,  
 y tras la Quinta Avenida  
 la Miseria está vestida...  
 con dolor, dolor, dolor, ... (PC, 1248-1249).

Repetidas veces Darío se refiere a la esclavitud negra, a África, a

la tierra en donde moran  
 los hombres de piel negra  
 hijos de Cam, que por su desgracia ignoran  
 y a quienes claro día nunca alegre,  
 porque es raza de esclavos y precita,  
 raza sin libertad, raza maldita.

Numerosos textos nos revelan que Rubén Darío estaba muy atento a la labor humanitaria de quienes trabajaban contra de la esclavitud negra, y los aplaudía, expresando así sus propios sentimientos en favor de la justicia y la fraternidad humana. Admira a don Pedro de Braganza, emperador del Brasil, por haber dado la libertad a los esclavos (II, 41) y a Juan Montalvo, por amar al pobre, al indio, al negro (II, 102). En las descripciones de Darío, para caracterizar los personajes o referirse a cualidades personales, siempre predominan las notas humanitarias. Tal es el caso, entre cien, de los párrafos dedicados a Tulio M. Cestero para comentar su prosa orgullosa y gallarda, el dominicano revolucionario en

cuya alma nacional, dice Darío, citando textualmente a Cestero, "lidian la tristeza del indio, el dolor del negro esclavo y la nostalgia del español aventurero, terrible herencia de odios que nos ha hecho un pueblo triste y levantisco" (I, 460). Y para finalizar su artículo "La legación en casa de Castelar", reproduce las palabras de despedida de Castelar: "Yo he libertado a doscientos mil negros con un discurso". Esto, añade Darío, nadie lo puede decir en este siglo (II, 1104).

Recordemos también aquellos versos llenos de calor y de homenaje que Darío dedicó a Víctor Hugo, "Genio sobrehumano y sublime que canta, que protesta, que cree y que redime" (PC, 440):

"¿Quién llora nuestras penas?", dijeron los esclavos.  
 "¿Quién ve nuestras cadenas?", dijeron los esclavos  
 de piel oscura; y todos se echaron a llorar.  
 "Muerto Hugo, ¿quién implora por los hombres y por leyes?  
 ¿Quién pide por las víctimas delante de los reyes?  
 ¿Quién rogará por ellas a las plantas del Czar?"  
 Y dijeron los negros si Víctor Hugo muere,  
 "¿Quién contendrá ese látigo que a nuestros hijos hiere?  
 ¿Quién verá por nosotros gritando ¡libertad!?"  
 El de John Brown la gloria deja en poemas escrita;  
 es el nuevo Mesías que trae luz infinita  
 con el nuevo decálogo para la Humanidad" (PC, 440).

Otro hombre altamente admirado por Darío fue José Martí. En cierta ocasión, en Nueva York, tuvo la oportunidad de pasar con él unos momentos inolvidables. Al terminar Martí un discurso presenciado por Darío, un hombre vino hacia ellos con algo en las manos: "Era un negro obrero", dice Darío, "que se le acercaba humilde y cariñoso. 'Aquí le traigo este recuerdito', le dijo, y le entregó una lapicera de plata. 'Vea usted —me observó Martí— el cariño de esos pobres negros cigarreros. Ellos se dan cuenta de lo que sufro y luchó por la libertad de nuestra pobre patria'" (I, 100-101). Mucho quiso Martí a los negros y en la misma medida y correspondencia fue querido por ellos. También Rubén Darío, americano como él, lleno de fe en la fraternidad humana, y detestando como el cubano, toda forma de opresión tuvo por ellos un especial afecto. Uno y otro fueron, con sus plumas, paladines de la dignidad humana.

En conclusión, creemos que son suficientes estas notas recogidas entre otras muchas que omitimos para dejar ver la sincera preocupación de Darío por el problema negro. La mayor parte de estas referencias proceden de su prosa, que sigue siendo mina inexplorada. Nos sorprende

que Reyes Huete<sup>21</sup> no parara mientes en los escritos de Darío en torno al negro siendo su finalidad la de poner de relieve la imagen del Darío sociólogo activo que "aprovechó toda ocasión que cree propicia para loar la justicia y fustigar a la opresión" (pág. 15). ¡Qué mejor testimonio de un Darío humanitario y social!

El negro aparece en su ficción, su poesía, y sus ensayos. Darío ha observado al negro desde el punto de vista estético y etnográfico. Siempre procuró estar en contacto con el negro y leer cuanto pudo sobre sus costumbres y hábitos para conocer la raza mejor. Por ello, este conocimiento fue bien amplio. No podía ser menos. Fue periodista y viajero constante gran parte de su vida. Observó mucho y escribió mucho.

Leyendo sus observaciones sobre el negro, podemos afirmar que Rubén Darío, modernista, estuvo muy en contacto con la realidad negra, la que trató de reflejar artística y sociológicamente en su obra. Y así se forja la imagen de un hombre y de un poeta que, entre otros muchos talentos, posee el de ser reivindicador de los oprimidos, exponente de la poesía negra, conocedor de la raza negra.

RICHARD L. JACKSON

*Carleton University*

---

<sup>21</sup> *Rubén Darío en su prosa* (Nicaragua: Editorial Hospicio de León, 1960).

